

La escuela... ¿para qué?

CARINA CABO

La escuela... ¿para qué?

Cabo, Carina
La escuela... ¿para qué?. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Lugar Editorial, 2014.
112 p. ; 23x16 cm.
ISBN 978-950-892-449-0
1. Educación. 2. Formación Docente. I. Título
CDD 371.1

Diseño de cubierta: Silvia Suárez
Diseño de interior: Fernando Lendoiro
Corrección de estilo: María Soledad Gómez
Coordinación editorial: Juan Carlos Ciccolella

© 2014, Carina Cabo

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico, informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN 978-950-892-449-0
© 2014 Lugar Editorial S.A.
Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires, Argentina
Tel/Fax: (54-11) 4921-5174 / (54-11) 4924-1555
E-mail: lugar@lugareditorial.com.ar
www.lugareditorial.com.ar
facebook.com/Lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

*A Renald, mi esposo, amigo e incansable compañero de vida,
con quien compartimos este camino juntos, siempre.*

*A Redo y Felipe, mis hijos, quienes me dan la felicidad cotidiana
y me llenan de ganas.*

*A Úrsula, mi madre, de quien aprendí que el esfuerzo
y la tenacidad son dos pilares de vida.*

*A Olga, mi abuela, por su presencia,
aún hoy en su ausencia.*

Índice

Una niña en un patio nicoleño. A modo de prólogo	9
Prefacio.....	15
La escuela... ¿para qué?	
1. Para sistematizar los conocimientos.....	19
2. Para acompañar a los padres.....	21
3. Para enseñar habilidades	23
4. Para incentivar la creatividad	25
5. Para valorizar las emociones	29
6. Para integrar a todos.....	33
7. Para aprender a estar con otros	41
8. Para incluir las tecnologías	49
9. Para incluir el arte	55
10. Para formar lectores	57
11. Para aprender a hablar	59
12. Para revalorizar el pasado	61
13. Para disfrutar el ocio	67
14. Para ser críticos frente al mundo actual	71
15. Para no fracasar en la universidad	73
16. Para prevenir la violencia.....	75
17. Para formarnos como docentes	79
18. Para aprender a morir... ¡y a vivir!.....	99
19. Para ser sujetos pensantes	101
A modo de cierre.....	107
Bibliografía.....	109

Una nena en un patio nicoleño

A modo de prólogo

De pronto, la imagen está frente a mí: una nena chiquita, con los ojos de Carina Cabo, parada en medio del patio de una escuela de monjas de San Nicolás. Es invierno, hace frío, pero ese lugar la atrae como a la heroína de su propio viaje de vida.

Más tarde, riendo, atraviesa el corredor de las santa ritas entre el primario y el secundario, como si dejar séptimo atrás estuviera coronado de flores y aromas.

Siempre es así, siempre la infancia, eligiendo la escuela, con resistencia, pero como castillo de los cuentos, lugar misterioso lleno de rincones secretos, de pasadizos inquietantes, de ritos de iniciación y umbrales a otros mundos.

Y si la infancia es su mapa, la metáfora se hace evidente: elegirá transitar las rutas de la pedagogía, la canción de enseñar, la poesía del cuento que describimos y se pondrá a escudriñar, investigar, recorrer y revelar lo que el castillo laico e igualitario nos da y nos quita cada día.

Es enormemente difícil hacer una vida, introducirse en el mundo escolar, como ella lo hace, atravesar el espejo en cada clase y que las fuerzas y la imaginación te lleven a este libro con un título tan simple como misterioso: *La escuela... ¿para qué?*

Y todo por amor.

Todo por fidelidad con las sensaciones de los primeros años y el asombro de descubrir que uno sigue siendo aquel o aquella idéntico/a al/la que fue.

Y aquí, precisamente, empieza la aventura: escribir un libro, es decir, escribir *este* libro, como un objeto que se despliega, como un origami que tendrá forma de pájaro, estrella de la medianoche, flor o forma pura, colorida e intensa.

Con la excusa del catálogo, del feliz inventario, cada respuesta a la pregunta inicial que da nombre al libro se abrirá a campos más amplios donde vivirán las teorías, las propias ficciones de vida de la autora y avanzando las páginas, mucho más. Entonces, le quedará corta la mirada educativa y se pondrá a indagar en la posmodernidad, la historia de las vacaciones, la cultura digital o las formas de la violencia.

Se hará cargo de los niños y jóvenes y no nos dejará con postulados: propondrá a cada paso un cambio, una posibilidad para los docentes, para el aula, pero también para los padres y directivos. Siempre un consejo para el camino, una grieta, un resquicio, una sensación de que el patio frío puede convertirse en planta de santa rita.

Lo primero a destacar es la forma en que Carina se dirige al lector. Del mismo modo que, cuando es consultada como especialista en diversos medios, aparece en ella la tensión entre todo lo que sabe, lo que ha estudiado e investigado y lo que en realidad le están preguntando, esa fricción la acompaña en sus escritos todo el tiempo. Se convierte en una especie de necesidad imperiosa de hacer discernible lo misterioso y, a la vez, dejar abierto su misterio. Parece conocer muy bien que la comunicación es el diálogo, el ir y venir del mutuo aprendizaje.

Por eso, su escritura es generosa, procede como alguien que cuida al lector de todo lo farragoso, lo salva a tiempo de la pedantería que puede portar el especialista, selecciona citas que son veraces pero además están llenas de poesía, mientras Carina va y viene de sus historias de vida que llenan la teorización de identificación y afecto.

Lo importante es calar hondo, entrar en el imaginario del destinatario y acompañarlo en ese encuentro que se llama lectura.

Sorprende cierta libertad de la autora, cierto hipertexto logrado a fuerza de fragmentos que se dispersan, sin perder el hilo de Ariadna para salir del laberinto y no por casualidad ese ovillo, esa línea de lana que nos orienta, son las preguntas.

La pregunta que mueve el título es una paradoja que se contesta abriendo, sin terminar de ser respuesta: *La escuela... ¿para qué?* Parece que el tema de la utilidad es lo menos importante, y así se va demostrando poco a poco. Porque este libro no es sobre la utilidad, sino sobre cómo enfrentar los tiempos que vivimos y arrancarle chispas a la vida. Y sobre todo, cómo nos preparan y preparamos para esa empresa.

Cuando uno espera una respuesta, Carina abre una puerta, como una mamushka inesperada, hay una caja dentro de otra y uno se pregunta cómo ordenará su epistemología que tiende a poner en escena el discurso en imágenes, aunque use el punto a punto de la retórica formal. Por ejemplo, encontraremos que contesta: “la escuela sirve para sistematizar conocimientos” y termina poniendo en tela de juicio al conocimiento mismo y su accesibilidad; cuando habla de habilidades, en realidad nos sumerge en la problemática de la comprensión, como la habilidad de pensar y actuar con flexibilidad, un acto en el que insiste en toda su producción, una palabra clave que

volverá a aparecer insistentemente. La palabra “flexibilidad” como un junco, como la arena, como la cintura de los atletas o los pasos de los bailarines populares. Así, recorreremos el pensamiento complejo y el proceso de construcción cooperativa, para que todo se mueva con la levedad del existir, para que todo tienda a transformarse sin quebrarse, a hacerse dinámico y dialéctico, a atravesar lo real, lo imaginario, y lo simbólico. Cuando contesta “la escuela sirve para incentivar la creatividad”, ella describe el pensamiento divergente, las inteligencias múltiples, y se anima a plantear la relación entre creatividad, contexto e incertidumbre, una línea de búsqueda que la escuela poco soporta.

No citaré sobre las citas, solo diré que Carina Cabo no es exhaustiva ni taxativa, ni la persigue la necesidad de una investigación globalizadora. Elige citas, como Hansel y Gretel en el camino, para encontrar el hogar. En general son citas cargadas de sentido, pero también de sonoridad y magia. Es la palabra de “otro”, convertida en tela de nosotros, en textura, trama de lo colectivo. Véase que en el campo pedagógico, pleno de figuras relevantes de la especialidad, aparece Tolstoi iluminando su siglo tan disciplinario, proponiendo un concepto de aprendizaje que nos hace vibrar, ponernos de pie y volver a empezar.

Por momentos desearía hablar de cada una de las respuestas-acertijos que esta pedagoga nos propone, pero debo hacer otra tarea: introducirme en la necesidad integradora de la autora, que no duda en proponer teorías que, combinando paradigmas, escuelas o movimientos, no temen disgregar el objeto de su estudio, más bien lo vuelve prismático. En efecto: el libro gira ante cada capítulo y la mezcla (palabra impronunciada en ciertas metodologías de la investigación) se vuelve cornisa en la hora que vivimos, modo popular de enfrentar la historia y la identidad, sensación decidida de pluralidad, rechazo convincente a cualquier orden silogístico, y a las enunciaciones que sacrifican la experiencia y el poder transformador de las prácticas vitales.

La escritora no pierde el contacto con las cosas cotidianas, el lenguaje popular y el humor. Tiene el desparpajo de hacer convivir a Piaget con la maestra inolvidable del primario o a Dewey con el chico que vende flores y “no sabe matemáticas”.

Pero ¿por qué Carina Cabo no tiene problemas en elegir este camino?: porque es una cuestión ideológica, porque sus años de gabinete psicopedagógico en escuelas humildes, de las barriadas de Buenos Aires, se lo enseñaron; porque no miente; porque cree en lo simbólico, en la igualdad y el compromiso, y entonces recurre a metáforas que, como siempre, dicen más de lo que dicen, como la de aquella docente que perdió un zapato cuando el barro se lo tragó en el camino a la escuela, símbolo de la pequeña ciénaga de la exclusión, la

espera, la desigualdad, que contrasta tan poderosamente con aquella otra metáfora de los diamantes artificiales que pueden hacerse con las cenizas de los cuerpos muertos y venderse a precios inenarrables. Lo sabemos: el cuerpo es un tiempo de luz y las cenizas son cenizas, y ni la Educación, ni la Muerte, ni el Mercado nos tallan: solo aprendemos a vivir, y también a morir, según veremos.

Carina Cabo elige también ampliar la mirada para disolver el “núcleo duro” de la escuela y así aparecerá la inteligencia emocional como una habilidad transitable que se aprende y desarrolla y le escapará a la pura razón, la inteligencia abstracta y la primacía de las redes conceptuales, como a la perfección de las ideas platónicas, siempre a favor de un ser humano pleno, capaz de la complejidad, la comprensión y el afecto, recordando que comprender es también abarcar, habitar y contener, no se trata solo de un acto de conocimiento o, en todo caso, el conocimiento tiene relación profunda con el buen vivir.

La autora elige primero la cultura, se ocupa de la imagen del cuerpo, las formas de la comensalidad, la violencia en el fútbol y la apropiación desigual de los bienes culturales. Por eso nos propone aprender a hablar y a leer en múltiples formatos, nos insta a vivir juntos, iguales y diferentes, y poder enseñar y aprender en distintos contextos. Se dedica a las nuevas tecnologías como oportunidades y no como destinos, como democratización en redes sociales, como textos abiertos de los cuales se sale y entra por muchas partes, se navega por riachos secundarios y se triunfa sobre el laberinto con multiplicidad de recorridos y espacios para cruzarse, ingresar y abandonar la huella. Para ello, Carina reconoce en la imagen un lenguaje que la escuela no trasmite, ni provoca, ni construye, y sabe que no podremos, ya, hablar de lectura, sin una fuerte carga icónica.

Y es allí donde la nena del patio nicoleño vuelve a escena. En primer lugar, defendiendo la memoria de la propia escuela, de la historia y la transmisión, del “activo impulso” de los renovadores y de la libertad de los chicos, la experiencia, las manos en la masa y los ojos en las sombras, la vibración del paisaje y el canto de las barrancas al sol. Todo tiene su memoria, donde caben Sarmiento, Montessori, Tinita o la señorita Olga, Graciela Saldías, Graciela Gardella o Analía Olego, sus maestras inolvidables.

Lo importante es el arte de aprender a vivir los unos con los otros en la era del pos deber, en los tiempos del consumo y los medios de comunicación.

Es notable cómo se pone de manifiesto el amor de Carina Cabo por la formación docente. Lo digo porque, en este punto, comienza

otro libro. En las forma de ordenar su discurso, en la formación docente se ubican las teorías del aprendizaje, los nuevos contextos de pobreza donde los educadores ejercerán su acción, la necesidad de que los maestros inicien a los niños en una alfabetización múltiple y la introduzcan en el mundo del arte, en especial del teatro, para facilitar narrativas, ficciones, ponerle cuerpo a los cuerpos, emoción al comportamiento, capacidad poética y política y, en fin, hacernos más sujetos, más íntegros e integrales, solidarios y colectivos.

Para la autora, la formación docente es un hecho político –sin duda lo es– y también profético, por su capacidad de anunciar lo nuevo.

A las puertas del final, cuando las preguntas se convirtieron en ramas y estas en hojas y las hojas en viento y el viento en cielo, sin volver jamás al tronco, Carina no se pregunta para qué sirve este libro, pero yo se lo digo: para decir, también, con humildad, palabras claves y unas cuantas verdades. De las primeras rescataré: “comprensión”, “flexibilidad”, “pasadores de la historia”, “aula”, “contextos”, “formación docente”, “multiplicidad”, “buen maestro”, “asertividad”, “complejidad”, “tecnologías”, “narrativas”, “emoción”, “arte”, “padres”, “integración social”. En cuando a las verdades, no terminaré sin nombrar las que, caprichosamente, mi corazón ha elegido: “la escuela no es el mundo”, “el pensamiento complejo no consiste en una serie de articulaciones conceptuales”, “crear es soportar la incertidumbre”, “no hay sujetos sociales sin conocimiento”, “el mundo emocional requiere destrezas”, “integrar en contextos de pobreza es innovador e incluye al docente”, “aprender no es un proceso armónico”, “pensar la escuela como concreto real es vivir la paradoja de lo subjetivo, lo cultural y la imposición de nuevos bienes culturales”, “el docente es el organizador de una escena, una ficción con una ética de emancipación”, y al fin una piedra preciosa, “en la escuela moderna del siglo XIX se educan individuos posmodernos, la escuela y la sociedad se deben un debate”.

Y así, como jugando, Carina descubre las flores que hay entre los patios y crece, se da cuenta de que lo que ella busca preguntar es otra cosa y la Pedagogía, la Cultura, la Ética, la Teoría Política no le bastan, y como una visión repentina rasga el discurso y entra en el campo de la Filosofía. Como Alicia en el País de las Maravillas, sabe que los sujetos pensantes y cariñosos que busca, que el áurea reveladora que necesita recorrer la escuela, como un relámpago, que la apelación a los nuevos tiempos y al lenguaje de lo no develado está frente a ella, y entonces dice las palabras mágicas: la escuela sirve para aprender a morir, que no debe ser interpretado con literalidad. Creo que no habla de la muerte de la escuela (perdón, ¡es una humorada!), sino todo lo

contrario: de la vida misma, de aprender a vivir, pero en el sentido palpitante del término. Se trata de la escuela sentida como casa, como sujeto, como espacio y cuerpo, con la poética de la memoria de lo que vendrá masticando la vida, hasta conocer su canción.

Carina Cabo ya no será la misma. Creo que ni ella sabe lo que acaba de afirmar: solo desde el ser y el existir, solo desde la especie, el cuerpo y la creación, solo desde la inclusión y los vínculos, solo desde la noche y el día podemos hacer una escuela para aprender a vivir, viviéndola, y aprender a morir, amándola.

*Chiqui González¹
Terminando julio de 2013*

Con amor y respeto

1. María de los Ángeles “Chiqui” González es abogada, especialista en Derecho de Familia. Es Ministra de Innovación y Cultura del Gobierno de Santa Fe (2007-2015) y fue Secretaria de Cultura y Educación de la Municipalidad de Rosario (2006 -2007). Es docente titular de la carrera Diseño de Imagen y Sonido en la Universidad de Buenos Aires (FADU-UBA) en las asignaturas Teoría y estética de los medios audiovisuales y Dirección de actores. Cuenta con una extensa producción teatral como actriz, directora y dramaturga dentro y fuera del país. Es coordinadora general de la Red Latinoamericana “La Ciudad de los Niños”, proyecto pedagógico del italiano Francisco Tonucci. Creó el “Tríptico de la Infancia” de Rosario y el “Tríptico de la Imaginación de la ciudad de Santa Fe”, espacios públicos que reúnen un conjunto de ámbitos de participación, juego y aprendizaje para los niños.

Prefacio

Este libro intenta hacer un recorrido por los temas relacionados con la educación que me han preocupado y ocupado durante muchos años. No pretende formular pautas de acción y mucho menos ofrecer una receta para copiar; solo busca que el lector sea padre, madre, docente, directivo o alguien interesado en la temática, se cuestione junto conmigo aquellos tópicos que podrían ayudar a mejorar la convivencia y lograr acuerdos para una sociedad más óptima.

¿Para qué sirve la escuela? ¿Para qué hay que ir a la escuela? Son preguntas que todos, o casi todos, seguramente nos hemos hecho alguna vez. Estas, entre tantas otras, me las he planteado como estudiante y como docente, como hija y como madre, y también como ciudadana.

¿A quién le sirve la escuela? He escuchado esta pregunta más de una vez y no solo en contextos urbano-marginales adversos, sino también en aquellos en que los niños tenían sus necesidades básicas satisfechas y, se suponía, la escuela fue pensada y planificada para ellos.

Cuando escribí, hace unos diez años, “Desventuras de una madre pedagoga” (primer capítulo de este libro), mi hijo de 8 años en ese entonces me planteaba la necesidad de “cerrar la escuela” o al menos quitar Lengua de la currícula escolar. Hoy, a sus casi 19 años, le pregunté cómo definiría la escuela y me respondió: “Como una cárcel donde ves pasar la vida por un costado”. ¡Vaya definición! Lejos de verlo como una preocupación, recordé una anécdota de “Chiqui” González, ministra de Innovación y Cultura de la provincia de Santa Fe. Ella cuenta que, cuando era alumna en la escuela primaria, llamaron a sus padres porque era una niña muy imaginativa y se distraía fácilmente. Esa *imaginación* es lo que nos permite hoy a los rosarinos disfrutar del Tríptico de la Infancia,² entre otras tantas obras producto de su creación, durante su gestión como secretaria de Cultura local.

2. Constituye un circuito fundamental del proyecto pedagógico urbano a través de la creación de tres espacios públicos: “La Granja de la Infancia”, “El Jardín de los Niños” y “La Isla de los Inventos”, logrando además un importante aporte en la recuperación patrimonial de la ciudad. El Tríptico propone ámbitos de convivencia donde los ciudadanos de todas las edades, formaciones y experiencias sociales puedan convivir y participar de espacios de integración creados con los principios de igualdad de oportunidades y construcción de ciudadanía, considerando la ciudad de Rosario un gran escenario de aprendizajes diversos y escuela de la democracia.

Quizás sea por la enseñanza que deja esta fábula y por la desazón de mi hijo que me animo a escribir este libro. Quizás para poder vencerlo, alguna vez, de que, a pesar de sus decepciones, la escuela es una institución que nos abarca a todos y nos democratiza, que nos interpela como sujetos sociales en pos de un mundo mejor.

Mis primeros pasos...

Cada mañana de mi niñez, esas madrugadas frías y oscuras de invierno nicoleño, me hacían pensar, cuestionar y hasta renegar de la escuela, de la obligación diaria de asistir, del cumplimiento de la tarea, de la compra del mapa o de la plasticola verde. No obstante, había algo en ella que me gustaba, que me llamaba la atención, que hacía que se volviera un lugar más que interesante. Esos patios, esas aulas, esos recovecos que nos animábamos a escudriñar para intentar descubrir “algo” de los secretos que allí se guardaban.

Fui a una escuela religiosa. Comencé a principios de la década del 70, con directoras y maestras que ingresaban o dejaban sus puestos de trabajo sin mayores detalles para las alumnas; con cierto autoritarismo, a veces, pero con una mirada innovadora sobre su trabajo. En los ratos libres, nos gustaba indagar esos espacios escondidos, esos lugares íntimos que nos contaran qué hacían las monjas cuando las alumnas no estábamos en la institución. Nunca encontramos nada interesante más que vidas similares a las nuestras, pero imaginarse la vida de la escuela en solitario era inquisidor y curioso, y potenciaba la búsqueda de aquellos secretos que suponíamos.

El patio que permitía el paso de la escuela primaria a la secundaria, a cielo abierto y con una Santa Rita que, florecida, embellecía el paisaje y nos llenaba de primavera y, a su vez, dejaba entrever algo de esa vida cotidiana que escudriñábamos.

El salón de música, la cancha para la práctica de deportes, el patio cerrado, la capilla y tantos otros espacios fueron dando indicios de la respuesta que buscaba a mi eterna pregunta: ¿Para qué sirve la escuela?

Recuerdo, aún siendo niña, cuando mi amiga del barrio, Marta Lancone, me trajo la noticia a gritos. Me dijo una cierta tarde de domingo que sabía quién era el “inventor” de la escuela. Una prima le había contado que Sarmiento inventó la escuela y, sin su creación, nosotras hubiésemos podido permanecer en nuestras casas, sin necesidad de madrugar, según sus palabras. Sin duda, surgieron en mí algunos cuestionamientos y empecé a imaginar un mundo sin escuelas. Soñaba con levantarme cada mañana y salir a jugar sin tiempos y sin

espacios, peculiaridad de la época: los chicos en las calles, sin mirada ni miedo de adultos, con una infancia libre, recorriendo casas y calles con total libertad. Pero no, Sarmiento había hecho de las suyas y había ideado la escuela, ese lugar que restringía espacios y tiempos, que coartaba libertades y que obligaba cada mañana de nuestros días a salir con mucho frío a afrontar una nueva jornada escolar.

Mediaba ya la década del 70 y, a partir de allí, el porqué y para qué hay que ir a la escuela fue una gran preocupación y ocupación para mí. En la institución escolar, no encontraba las respuestas a mis preguntas, aunque sí en algunas maestras, pero que, insertas en el sistema escolarizado, hacían lo que podían, o lo que las dejaban, para mejorar sus prácticas áulicas, dentro de un contexto autoritario.

En quinto grado, por ejemplo, la señorita Graciela Gardella destinaba los últimos viernes del mes para organizar “clases de teatro”, y luego, en la última hora, hacer un pic-nic. Dichas clases implicaban la escritura del guión y la puesta en marcha de la obra en sí. Para nosotras, el grupo de niñas de 5° grado, era un día de fiesta y creíamos que durante toda la mañana disfrutábamos de un día libre.

Con el tiempo, y lecturas pedagógicas mediante, entendí que la maestra no “perdía” la mañana, sino, por el contrario, que ganaba tiempo para construir ciertos conocimientos, en tanto debíamos escribir nuestras propias obras teatrales que nos corregían y evaluaban en Lengua y, además, situarlas en determinada época, por lo que se debía contextualizar y relacionar con Ciencias Sociales. Hoy comprendo que nada en sus clases estaba librado al azar: cada viernes era la síntesis de los contenidos programados y trabajados previamente en cada clase.

Para qué hay que ir a la escuela siguió preocupándome a lo largo de mi vida, ya en los años 80, cuestionando si era necesario tanto esfuerzo que me demandaba el secundario. Cada materia, cada hora de clase, cada profesora que entraba y salía cada cuarenta minutos ayudaban a exigir una respuesta a mi pregunta.

Me cuestionaba: ¿no es posible integrar Biología con Geografía? ¿E historia con Formación Cívica? Si los contenidos, en algún punto, se tocaban, ¿por qué las clases eran atomizadas y cerradas? ¿Por qué los directivos no asumían su gran responsabilidad en la toma de decisiones y autonomía para coordinar, guiar y facilitar los distintos proyectos áulicos? Los actores institucionales –maestros, profesores, alumnos, bibliotecarios, entre tantos otros– forman parte del proyecto educativo institucional, entendido este último no como un documento escrito, cerrado, rígido, sino, por el contrario, como un conjunto de vivencias, de espacios, de formas de trabajo, de historias,

direccionados por un equipo que garantice coherencia y la construcción de un currículum adecuado a esa realidad y a esos niños y/o jóvenes.

Obviamente no es tarea fácil para un equipo directivo coordinar y gestionar; pero sí hubiesen podido, en aquellos tiempos al menos, organizar el currículum escolar y, a partir de allí, cada docente conjugar con otros colegas qué contenidos trabajar, para qué y cómo enseñarlos, cuándo y dónde llevarlos a la práctica, y seguramente el resultado hubiera sido otro.

Es dable reconocer que en los 70, dictadura militar mediante, cualquier experiencia innovadora podía traer problemas. Asimismo, en dicha década, el currículum era considerado un documento oficial, un programa que se replicaba en el aula tal cual “bajaba” del Ministerio, como una “caja negra” que negaba u ocultaba lo que sucedía en la escuela. Autores como Alicia de Alba, entre otros, fueron los que permitieron ampliar la mirada sobre ese campo e incluir la vida social y cultural de los que habitan la escuela a fin de comprender íntegramente el término. La construcción que podamos hacer en el aula incluirá a los niños, sus historias particulares, sus contextos, sus valores, lenguajes, normas y modos de vida, quienes junto a los docentes elaboran el currículum escolar.

Este es solo el comienzo, mi comienzo. Ojalá les sirva este libro. Pueden compartir sus pareceres en www.carinacabo.com.ar.

1

LA ESCUELA... ¿PARA QUÉ?

...Para sistematizar los conocimientos

Desventuras de una madre pedagoga

“Mamá, quiero ser ministro de Educación”, sentenció mi hijo con apenas 9 años. Imposible traducir en palabras la alegría inmensa que sentí al escuchar esto de mi vástago mayor. Pensaba en la posible identificación conmigo y, por qué no, en la admiración por lo que hago. Acto seguido, le propuse contarle algunas ideas pedagógicas e incluso le hablé de la facultad en la que cursaría las materias que le permitirían acceder al cargo que pensaba ocupar... Pero me frenó diciendo: “No, yo quiero ser ministro de Educación para ‘sacar la escuela’ o, al menos, Lengua”.

Nuevamente imposible traducir en palabras lo que sentí en ese instante. En un primer momento, creí que había traído al mundo a un nuevo Illich y su vieja idea de desescolarización, pero lo veía incapaz de semejante planteo. Me tranquilicé pensando que era una simple fantasía infantil. Además, ¿a qué chico le gusta la escuela?

Comúnmente solemos decirles que deben ir a la escuela porque sirve para la vida. Pareciera ser una pregunta obvia que demanda una respuesta obvia, pero si nos remitimos a la definición de esta última palabra, obviar quiere decir evitar, rehuir o apartar, y como adultos no podemos “obviar” dicha respuesta. La rigidez horaria, los espacios prefijados, los docentes impuestos y la obligación de estudiar parecerían no ser incentivos para los alumnos; además hoy, a diferencia de hace treinta o cuarenta años atrás, no solo es menos atractiva, sino que no garantiza la movilidad social que implicaba hasta hace un tiempo.

En las últimas décadas la realidad ha cambiado: surgieron los medios masivos de comunicación y la vertiginosidad de los cambios en el mundo de hoy provocados por la tecnología se ha instalado en la sociedad. Sin lugar a dudas, esto repercute en instituciones, creencias y actitudes, y la escuela no escapa a ello.

Se podría hacer un análisis simplista y acusar a la televisión de invadir con imágenes elaboradas de antemano, o a Internet por la rapidez para encontrar respuestas prefijadas; sin embargo, los que formamos parte del sistema educativo nos debemos una respuesta más compleja.

Adriana Puiggrós (1999) plantea que en Argentina es necesario un debate acerca de la escuela como mediadora para la integración social, porque dentro del sistema sigue habiendo diferencias, pero no solo económicas, sino también culturales y educacionales.

Los adultos, padres, docentes y directivos debemos reflexionar junto con los niños para volver a encontrar en la escuela el sentido que parece haber perdido, porque hasta ahora le sirve solo a unos pocos.

Emilia Ferreiro (1999) señala que lo que se aprende en la escuela es importante porque ese conocimiento es importante fuera de ella y no a la inversa. Por lo tanto, no dejemos los espacios educativos; estos son: escuela, experiencias no formales y medios de comunicación librados al azar. Todos ellos son parte de la formación integral de los niños, habrá que resignificarlos o interrelacionarlos de tal manera que les permitan, a todos por igual, aprender más y mejor.

La escuela no es el mundo, pero ante los ojos de los niños lo representa, y es allí donde nos constituimos en sujetos sociales. Ese es el carácter intermediario de la institución en cuestión, dice G. Frigerio, porque los sujetos no se construyen sin conocimiento y esta es su función principal. Es en esa mediación entre el sistema educativo y la familia donde los docentes deben trabajar el sentido o la “utilidad” de la escuela. El mandato que le fue asignado –construcción y distribución de cultura y ciudadanía– no puede ni debe desaparecer.

No sé si mi hijo llegará o no a ser ministro de Educación; ojalá que sí, para que mi orgullo de madre no se vea damnificado, aunque sería más frustrante para mí que, a los 9 años, crea que Lengua o la escuela no sirven. Mientras tanto, como padres, debemos leer con y frente a ellos y facilitar espacios y momentos para demostrar que la lectura abre nuevos caminos.

Esperemos que no pasen tantos años para darnos cuenta de la necesidad de cambio, porque somos los docentes el clivaje para que esto ocurra, somos los dueños de nuestras aulas y, dentro de ellas, podemos soñar con cambiar la realidad. ¿Por qué no llevarlo a cabo?

2

LA ESCUELA... ¿PARA QUÉ?

...Para acompañar a los padres

¡Madre hay una sola... por suerte!

“¡Lo quiero matar!” gritaba una mujer mientras entraba a un megagimnasio del centro rosarino, teléfono en mano. Sin mediar saludo, y ante mi rostro atónito, me dice: “Mi hijo no se quiere levantar para ir a la escuela; lo voy a matar, pero de verdad”, insistía. “Ya se reincorporó de sus primeras quince inasistencias y pasó las veinte faltas. Así no puedo seguir, pago más de tres mil pesos para que se eduque”, afirmaba frente a esta desconocida que solo atinaba a mirarla y prestarle el oído. “Me pasé febrero fotocopiando textos y haciendo resúmenes para que apruebe en marzo las seis materias que se llevó, no por bruto, sino por vago”, sostenía convencida.

Más sorprendida aún quedé cuando le pregunté la edad del niño y me dijo que tenía 16 años. Intentando ayudarla, le sugerí que hiciera algo que le provocara algún cimbronazo (yo hablaba de cercenarle una salida, quitarle la computadora por un día o algo que pudiera permitirle comenzar a dialogar con este adolescente, su hijo); ante lo que me señaló: “Tenés razón, hoy cambio esta situación: el lunes le pago un remis que lo lleve todos los días a la escuela y esta noche me voy dos días a la casa de mi mamá”.

Sin lugar a dudas, criar hijos no es soplar y hacer botellas; es una tarea ardua que implica idas y vueltas, replanteos constantes y diálogo permanente; demanda padres dispuestos a escuchar a sus hijos, pero también poner límites donde no los hay.

Si bien la adolescencia es un período un tanto conflictivo porque los niños dejan de ser tales para prepararse para la edad adulta y la imagen que tenían de los padres va pasando de la idealización a la visualización del padre real, demandándole esto un gran esfuerzo, no podemos permitir que lo transiten solos o, al menos, que no se sientan acompañados. Además, en las últimas décadas, se han desdibujado los límites y los chicos quedaron a su libre albedrío; creemos que “dejarlos hacer” es sinónimo de ser padres actualizados. Pero, como adultos, no podemos no estar preparados para esta labor.

Ahora bien, ¿qué hacemos? ¿Qué camino tomamos? Los padres tenemos la tarea indelegable de hacernos cargo de la educación de